Apología de Robert Barclay 289-290

Undécima tesis

Tocante a la adoración.

Toda adoración verdadera y aceptable a Dios se ofrece por el movimiento y dirección[1] interior e inmediata de su propio Espíritu, que no se limita a ninguna designación* de lugar, tiempo, ni persona. Hemos de adorar siempre a Dios, y siempre debemos temer en su presencia. Sin embargo, con respecto a la expresión externa de esta adoración, en oraciones, alabanzas, o predicaciones, no debemos hacerlo en nuestra propia voluntad, ni donde ni cuando queramos, sino donde y cuando las inspiraciones e impulsos íntimos de su Espíritu en nuestros corazones nos muevan a hacerlo. Dios oye y acepta estas expresiones, y nunca falta para movernos a la adoración* cuando sea necesario, de lo cual Dios mismo es el único árbitro apropiado. Todo otro culto, tanto alabanzas como oraciones y predicaciones, que el hombre emprende por su propia voluntad y en el momento que él escoge, que puede empezar y terminarle cuando le guste, hacer o no hacerlo como le parezca indicado, sea una forma prescrita como una liturgia, etc., o sea en oraciones extemporáneas concebidas por la natural fuerza y facultad de la mente — todo esto no es más que superstición, culto voluntario,[2] e idolatría abominable ante Dios. En este día del resurgimiento espiritual de Dios, tenemos que negar, tenemos que rechazar, tenemos que separarnos de todos estos cultos. Dios pasó por alto[3] tales cultos de los tiempos

---

[1] Es difícil traducir la palabra *drawing*; otras opciones serían: atracción, tirón, halón, impulso. En latín la palabra es *ducente*, (de *duco, ducere)*: tirar, arrastrar en pos de sí, atraer, mover, llevar

[2] Aquí el latín incluye la palabra griega έθελοθρησκεία, traducida como "culto voluntario" en Colosenses 2:23 (RV 1960) y definido como "piedad voluntaria," (arbitraria e injustificada) en Strong 1479.

[3] Hechos 17:30

de ignorancia, reconociendo la sencillez e integridad de algunos, y reconociendo que su propia inocente semilla yacía como enterrada en los corazones humanos, bajo el peso de la superstición. También puede haberle agradado a Dios en aquel tiempo soplar sobre los huesos muertos y secos,[4] y suscitar algunos alientos suyos en ellos y responderles; hasta que el día amaneció y brotó más claro.[5]

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity* (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 289-290; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 220-221.

[4] Ezequiel 37

[5] Ezequiel 13; Mateo 10:20; Hechos 2:4 y 18:5; Juan 3:6 y 4:21; Jueces 19; Hechos 17:23 RB